



Escritura y universidad*



Nicolás Morales Thomas

Político de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Director de la Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Profesor catedrático Facultad de Comunicación Social, Pontificia Universidad Javeriana. Cursos del campo editorial. Fue presidente de la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC). Correo electrónico: nicolas.morales@javeriana.edu.co.



¿Por qué el proceso de diálogo sobre la escritura es tan complejo entre los académicos y los editores? En los pasillos de las ferias de libros y en los cocteles, los editores universitarios colombianos, mexicanos o argentinos, y todos, se quejan sobre la imposibilidad de los autores de comprender el proceso editorial y, específicamente, de las exigencias que se les hace sobre la escritura. A su vez, asisto a comidas con amigos universitarios, muchos de ellos autores, y los oigo denigrar de correctores de estilo por intentar cambiar el rumbo de su escritura académica. En los dos polos hay matices, espacios de encuentro, bellas historias y libros soberbios; pero también hay un lodazal de historias bajas, peleas hombro a hombro, trincheras en las que se avanza poco. La frase de Thomas Mann es afortunada: “Un escritor es un hombre que, más que cualquier otro, es de la opinión que resulta difícil escribir”. Permítanme, entonces, hacer contemporánea la idea: “Un autor académico es un hombre o una mujer que, más que cualquier otro, es de la opinión que resulta difícil escribir”.

La Editorial de la Universidad del Rosario me invita a presentar este libro, *Escritura y universidad. Guía para el trabajo académico*, del comunicador javeriano Gustavo Patiño Díaz. Y accedo por deferencia con Juan Felipe Córdoba, presidente de la Asociación de Editoriales de América Latina y el Caribe y con el autor de la obra. Lo primero: su autor, Gustavo Patiño Díaz es uno de nuestros autores insignes. Cuando digo “nuestro”, estoy hablando del catálogo de la editorial que dirijo, la Editorial de la Pontificia Universidad Javeriana. En el mundo de las editoriales comerciales esta situación sería vista con mucha hilaridad: pensemos que el director de Santillana es invitado a comentar un libro de uno de sus mejores y más vendedores autores; pero publicado en el sello de Random House Mondadori, en un lanzamiento de la casa de Random House. Por supuesto, entraría en cólera y tristeza. Hablaría de casi un robo a mano armada.

Tranquílcese. En las ligas universitarias esto, en cambio, nos parece muy interesante, porque destruye la idea de que los autores están casados con las editoriales universitarias, lo que huele a endogamia. Aquí entre nosotros: el año pasado publiqué un excelente libro de un profesor rosarista, este año haré lo propio y, a su vez, la Editorial del Rosario ha publicado autores de mi casa. Como verán, la concordia es nuestro lema.

Hay algo interesante en este trabajo que nos convoca: este libro que se lanza hoy está muy bueno. No me cuesta decirlo. Y mi estado de envidia positiva, que solo podrá ser exorcizado esta mañana con un par de los cocteles frutales que se suelen repartir en los lanzamientos de la mañana, se atenúa con las ideas de que nos dirigimos a lectores universales y de que este libro les sirve a un profesor lejano de Riohacha, a un profesor de la contigua Universidad de los Andes o a un estudiante, sin adscripción

* Texto leído durante la presentación del libro *Escritura y universidad. Guía para el trabajo académico*, en la Universidad del Rosario, el pasado 24 de septiembre de 2013.




Primero, este trabajo compila una gran cantidad de los asuntos ligados a la escritura académica que se hayan publicado en el país o que yo conozca. El ejercicio, que parece simple, es brutal en su concepción: construir un material que prepare al académico para la insólita actividad de la escritura desde el comienzo y en todas sus fases del proceso de elaboración. Primera advertencia: nadie termina de entender de qué manera nos construimos como escritores académicos. Y voy a contar que siempre que un autor viene a visitarme, intento predecir si tendremos o no dificultades con su escritura. A veces acierto, pero a veces me sorprendo para bien o para mal. Suelo, irresponsablemente, basarme en sus lecturas, en la manera en que habla, en su conocimiento del proceso editorial, en sus escritos ya publicados, incluso, sorpréndanse, me encanta averiguar, cuando puedo, si lee ficción los fines de semana. El trabajo editorial, desafortunadamente, no nos da tiempo para hacer arqueología de cómo llegamos a

escribir. Pero me gustaría decirles que lo que debemos derrotar es esa idea frágil de que no importa cómo se escriba, deberá publicarse. Lo dice Hubert Nyssen, en su fantástico libro de la sabiduría del editor, publicado por Trama Editorial.

Este ejercicio de Gustavo Patiño busca retar esa creencia que dice que escribiremos bien de manera académica por un azar o por nuestro afortunado destino: quizá lleguemos a hacerlo bien, debido a nuestro capital cultural (si leyó a Proust en su infancia), a nuestros viajes (si lo llevaron a París o a Marrakech o a Barranquilla en su juventud), a la calidad de la escuela (si fue al Gimnasio Moderno o a un liceo veredal) o a la calidad del acompañamiento de sus padres.

Su trabajo busca dotar de instrumentos más técnicos, aunque también conceptuales, a académicos sin importar los antecedentes escriturales. Categoriza acertadamente las competencias relacionadas con la cultura académica, nos explica el derecho de autor atendiendo a ese difícil universo del plagio y el autoplagio; explica el proceso editorial y sensibiliza al autor frente a dos grandes pesadillas: el material gráfico y el universo de lo ortopográfico; nos previene sobre el uso de mayúsculas y minúsculas y la escritura de cifras, y, por último, Patiño ofrece una muy útil herramienta para la presentación de artículos para revistas académicas y los sistemas de referenciación más importantes (APA, MLA, Vancouver,



Chicago, IEEE e Icontec). Eso que acabo de mencionar ocupa casi 340 páginas: muy armónicamente expuesto y en una caja tipográfica muy bella a dos tintas.

Es muy importante tener este libro entre nosotros. Formaliza las exigencias y los resultados algo informales en un mundo de egos académicos donde, a veces, se tienden a resaltar jerarquías sobre manuscritos en la imposición de una cierta escritura. Crea un marco de diálogo sobre el mundo de la referenciación, tan complejo en nuestro medio y, a veces, tan disímil. Nos hace perder ese miedo que podemos albergar sobre la escritura formal académica. Y, sobre todo, y cito torpemente al prologuista Gabriel Arrabal: le da transparencia al debate científico, que usa el lenguaje como herramienta de comunicación “para que no se convierta en protagonista ni condicione los resultados”.

Por supuesto, sin pertinencia, sin contenidos y procesos acertados de investigación y creación de calidad, todo esto es fatuo. Quién de nosotros no ha leído artículos impecables, bien referenciados, incluso muy bien escritos, que no dicen nada o casi nada. Sosos, sospechosamente rígidos, se trata de pura literatura que busca cumplir requisitos burocráticos, a veces muy sospechosos. Y quién no ha visto en libros de editoriales frágiles verdaderos rubíes que, de haber tenido editor, se habrían convertido en libros de muy buena calidad. La guía que ha escrito Gustavo Patiño no puede hacer mucho por el primer caso, pero sí por el segundo. Y de ahí su valor: democratiza una opción que parece restringida a expertos. Eso me parece mucho más interesante que el efecto contrario que, por lo general, es expresión de autores mediocres, y es que estos libros restringen la buena escritura, como si el estilo fuera sinónimo de mala escritura.

Como soy el editor invitado me doy el lujo de criticar un asunto, pero es muy menor: hubiera querido una introducción más cálida de Gustavo sobre el proceso de construcción de este libro. Incluso no es claro si es el autor el que lo firma, lo que muestra lo fría e institucional que es su presentación. Dado que se trataba de una guía, era muy importante esta entrada.

Gustavo Patiño es uno de los mejores correctores de estilo de Colombia, y eso le da una autoridad imbatible. Cuántos desastres editoriales ayudó a salvar su pericia; cuántos imperativos de editores para restarle severidad a un proceso de corrección capoteó, cuánta paciencia debió asumir ante libros escritos por autores picapiedra; no lo sé. Estoy seguro de que construir un manual tan ambicioso tenía otras intenciones, pero nunca las conoceremos. Pero esas nos la debe.

Felicitaciones por esta iniciativa, ojalá se le haga mucha publicidad a este libro, para que no se quede en el claustro, amigo Juan Felipe. Reitero, es un libro riguroso y armónico. Tiene muchísima utilidad y mis editores *junior* ya me lo robaron de mi escritorio un par de veces, lo que presagia que será un libro que deberé amarrar a la pata de mi escritorio. Y, eso, en estos tiempos, les pasa a muy poquitos libros.